

Zuleta: el amigo y el maestro

Si había algo importante que tuviera en común con mis contemporáneos de la Colombia de los años cincuenta, algo que permitiera hablar de una “generación”, era la convicción de que estábamos en una época en que era posible cambiar el mundo. El desarrollo de los acontecimientos nacionales pero, ante todo, de los internacionales, así parecía anunciarlo: la URSS se había consolidado como potencia de nuevo tipo que defendía a los pueblos débiles, emulaba con éxito en diversos campos del saber con EE.UU., y estaba aún fresco el impacto que causó en la política mundial su heroísmo en la lucha contra el nazismo y su decisiva actuación en el triunfo de las potencias democráticas; la revolución china había superado las pruebas de fuego iniciales; la guerra de liberación de Vietnam contra los franceses había terminado con la derrota de la metrópoli, y el Vietcong, fortalecido, iniciaba la segunda fase, en lucha contra la intromisión de EE.UU. Aunque no tan prometedor, el panorama histórico-social en Colombia parecía ofrecer un futuro mejor porque se había caído la dictadura conservadora de Laureano Gómez, y el General Rojas Pinilla había iniciado su gobierno con los logros inmediatos de una relativa pacificación, al obtener la entrega de las armas por parte de la guerrilla liberal (mayoritaria entonces) y estaba realizando una serie de obras públicas (la TV, el Centro Administrativo, el Aeropuerto El Dorado, la Avenida del Dorado, la ayuda de SENDAS a los pobres, numerosos acueductos, etc.) que le dieron enorme

prestigio. En la gran prensa se lo comparaba con Bolívar, y una manifestación de apoyo duró dos horas pasando frente a palacio. Todos estos hechos parecían confirmar los análisis de la oposición de izquierda, en el sentido de que un cambio radical podría lograrse en un plazo no muy largo. Esa impresión se hizo más compleja pero no varió en lo fundamental cuando Rojas Pinilla acentuó su política de inspiración peronista (con consecuencias negativas inmediatas entre muchos de sus admiradores de la oligarquía) y sus limitaciones y contradicciones se pusieron cada vez más en evidencia al tratar de afianzarse como militar católico. El cierre de *El Tiempo* y de *El Espectador*, la encerrona de la Plaza de Toros como venganza al abucheo a su hija María Eugenia y su complicidad con la masacre de estudiantes el 9 de junio de 1954 en pleno centro de Bogotá, junto con la exigencia que, por segunda vez, hizo el General Rojas a los capitalistas mayores de la ANDI y a los más ricos de pagarle al gobierno un bono para obras sociales, minaron rápidamente su posición de poder y su prestigio.

Participé activamente en los acontecimientos que desató la masacre de los estudiantes el 9 de junio, a raíz de los cuales fundamos en la Universidad Nacional la Federación de Estudiantes Colombianos (FEC), que se convirtió en la vanguardia agitational de la lucha contra el gobierno de Rojas Pinilla. Durante tres años la vida de quienes la fundamos y orientamos cambió radicalmente: realizábamos hasta tres reuniones diarias, viajábamos a otras ciudades, organizando congresos y mítines y, según se decía, aglutinamos a cerca del 70% del estudiantado colombiano. La huelga general que organizamos en la UN, cuando Rojas nombró al Coronel Agudelo como rector, huelga que derribó a Agudelo en menos de un mes, nos fue cobrada con la expulsión de siete dirigentes de la FEC. Los expulsados acudimos al rector de la Universidad Externado de Derecho, doctor Hinestroza Daza (quien se había distinguido por su oposición al régimen) y logramos salvar el año lectivo. El eco malicioso que nuestros manifiestos y todo lo que hacíamos tenía en la gran prensa liberal nos devolvió una imagen exagerada de la importancia de nuestras modestas acciones políticas (si se tiene en cuenta la magnitud de los problemas del país), y a ello contribuyó también el hecho de haber logrado una unidad, en torno a nosotros, de todos los sectores juveniles de oposición, incluidos los de la clase alta liberal. Era común hacer reuniones “subversivas” en lujosas mansiones del norte de la ciudad; prestigiosos profesores de la universidad, como Luis Eduardo Nieto Caballero, se veían obligados a difundir sus escritos mediante el mimeógrafo.

Cuando Ramiro Montoya (a quien había conocido como uno de nuestros principales colaboradores en los sectores estudiantiles de Antioquia) me presentó, en el café La Paz de la calle 19, a Estanislao Zuleta, las ilusiones y

vanidades de ese mundo de la política juvenil en el que me hallaba inmerso comenzaron rápidamente a derrumbarse. Además, el ruido y la importancia de la FEC habían menguado mucho y la “generación del medio siglo” (“dispuesta a escribir su propia historia”) empezaba a dividirse, especialmente a raíz del homenaje que la dirección liberal rindió a los dirigentes estudiantiles en el Salón Rojo del Hotel Tequendama.

Hacía dos años que yo había ingresado a la Juventud Comunista (que había desempeñado un papel secreto y eficaz en la orientación de la FEC), pero en ese momento ya me sentía extraño en sus filas y vivía una escisión en mi personalidad, una contradicción grave que se manifestaba como la existencia de dos yoes: uno era nocturno, morboso, que se regodeaba (no sin angustia) en una soledad y una vagomanía que a veces se prolongaba hasta el amanecer, y que se complacía en el trato esporádico con sectores sórdidos y lumpenizados; el otro era diurno y se esforzaba por interiorizar el papel de líder nacional estudiantil y por hacer suyas la disciplina piramidal, el *Proletkult*, la austeridad pequeñoburguesa y la censura que la burocracia estalinista había impuesto. Era cierto que los comunistas ayudaron a iniciarme políticamente en el siglo XX y que en el trabajo de la FEC habían mostrado sagacidad y cierta lucidez, pero después de un tiempo de militar en sus filas lo artificial y forzado de mi posición comenzó a tornarse insoportable.

Zuleta captó, de entrada, esas contradicciones y comenzó a cuestionar con mucho humor la imposibilidad de ese proyecto que él ya conocía en el trato con otros militantes comunistas y que consideraba típico de esa organización, en la medida en que se había burocratizado y dogmatizado. Gracias a él comencé a comprender que nuestro famoso liderazgo estudiantil tenía algo de parodia de los verdaderos liderazgos, algo lúdico-aventurero (muy característico de la condición experimental y de aplazamiento del estudiante universitario). Por otra parte, nuestras “audacias” no corrían muchos riesgos reales porque la dictadura de Rojas era bastante benigna y, después de la enorme resonancia que tuvo la masacre de estudiantes, trataba al gremio universitario con un relativo tacto y hasta paternalismo (de lo cual me doy cuenta ahora, comparando ese gobierno con los que posteriormente ha soportado el país). Zuleta hizo consciente el malestar secreto que corroía mi papel como líder estudiantil y me mostró la imposibilidad de desligar ese mundo dual que me desgarraba. Sus análisis sartrianos de la “inautenticidad” de mi “situación”, sus observaciones sobre cómo no se puede aspirar a cambiar el mundo sino “asumiendo” los propios conflictos, suscitaron una crisis de mis convicciones políticas. Él me cuestionaba con dureza pero sin ofensas personales y su severidad estaba impregnada de solidaridad y humor, de voluntad de encontrar la verdad en cada caso. Siempre planteaba

las críticas de manera tal que él estaba también involucrado en ellas, nunca en forma puramente personal, sino en forma indirecta y teórica, haciendo continuas citas de sus autores preferidos por entonces como Sartre, Freud, Simone de Beauvoir, Merleau Ponty, Dostoiesky y Kafka. Pronto comprendí que la filosofía existencialista, con su descripción fenomenológica, hacía posible pensar la cotidianidad, de tal modo que ninguna experiencia resultaba insignificante y podía ser redescubierta y relacionada con las cuestiones más profundas y trascendentes, si se sabían hacer las necesarias asociaciones y mediaciones. No había, entonces, separación entre lo interior y lo exterior, entre lo individual y lo social. De esa manera, la literatura (y en especial la novela y el teatro) adquiriría un rango muy alto como forma de conocimiento, gracias a las sugerencias de un torrente de imágenes existenciales, profundamente significativas. Leí apasionadamente los cuentos de *El Muro*, leí *La Náusea* y las obras de teatro de Sartre. *¿Qué es la literatura?* me abrió amplios horizontes, aunque con reservas en lo que se refiere a la poesía. Freud todavía aparecía como no suficientemente relacionado con el existencialismo pero ya había un trasfondo intuitivo de sus teorías. En cuanto a Marx, era mencionado por Zuleta con cautela, respeto y distancia y prefería hacer la crítica de las deformaciones de que había sido objeto en la praxis política de los partidos comunistas.

Los diálogos con Zuleta (siempre en el café La Paz), preferiblemente en horas de la tarde, se hicieron diarios. Durante varias horas bebíamos algunas cervezas y a veces íbamos a comer. Era una cita tácita sin hora precisa pero a la que no fallábamos. El café La Paz era un local pequeño y tranquilo de dos pisos, ubicado en una “muela” de la antigua calle 19 (entonces estrecha y ciega) y yo lo frecuentaba desde antes de conocer a Zuleta porque tomaba las tres comidas en la pensión de doña Emelina Velásquez (hermana del famoso guerrillero Cheíto Velásquez, por entonces ya muerto), situada una cuadra arriba del café mencionado. Yo había escogido esa pensión para “ayudar a la hermana de un guerrillero”, y allí me encontraba con algunos conocidos de la izquierda que vivían o comían en esa vieja casona. Zuleta estaba alojado al frente del café La Paz, en uno de los venerables apartamentos (propiedad de sus tías) de un viejo edificio (que todavía existe), situado unos metros arriba de la Séptima sobre el costado norte. Por entonces, ese café ya era frecuentado por el grupo de la revista *Mito*. Allí conocí a Gaitán Durán, Eduardo Cote Lamus y Hernando Valencia Goelkel, los cuales subían de vez en cuando a conversar con nosotros. Pronto se fue formando un grupo de asistentes habituales a la tertulia, entre los que recuerdo a Manuel Gaitán (sobrino del líder sacrificado), el periodista Rafael Maldonado, el actor y director de televisión y cine Manuel Franco, Ramiro Montoya (quien se

perfilaba como cuentista), así como, ocasionalmente, Jorge Child, Francisco Posada Díaz, joven estudioso de filosofía, y otros. Mi verdadero interés era la posibilidad de dialogar exclusivamente con Zuleta, porque cuando llegaban los otros el diálogo se diluía en temas que me eran indiferentes. Me asombraba la capacidad de comprensión que mostraba Zuleta no sólo de mis problemas personales, sino de los teórico-existenciales en general. Me infundía una confianza total (nunca antes experimentada) su voluntad ostensible de superación mediante la profundización en común de los conflictos que vivíamos. No había en él ninguna pretensión de “ser un escritor”, de figurar o de dominar al interlocutor. Me olvidaba que él tendría por entonces cerca de veinte años de edad porque me daba la impresión de estar tratando con un intelectual mucho mayor y mucho más experimentado. Sus intervenciones nunca resultaban pedagógicas sino que enseñaban como por casualidad y a propósito de la inquietud inmediata de que se tratara. Como su humor era oportuno, espontáneo y punzante, sus intervenciones no estaban imbuidas de ese “espíritu de seriedad” que tanto cuestionaba Sartre.

Sin embargo, Zuleta no tenía una orientación suficiente, por entonces, en cuestiones de praxis política. En este campo sus puntos de vista eran todavía muy abstractos y estaban afectados por una visión intelectualista. No influía en mí en cuestiones como la concepción de la libertad, pues la afirmación de Sartre de que “elegimos nuestra existencia” y somos responsables hasta en el sueño de nuestra conducta, contradecía radicalmente mi experiencia de toda la vida y los lúcidos criterios histórico-concretos que había aprendido en Marx. Otro tema en el cual divergía era en el de la poesía, por considerar que el cuestionamiento general de la poesía que hacía Zuleta no distinguía las diversas tendencias de la misma. Creo que lo que él cuestionaba era la manera como yo vivía la poesía, puesto que mis sórdidas aventuras nocturnas eran inseparables de cierto “amor al fracaso”, como después escribió Sartre en el análisis de Genet. Estas críticas fueron (a pesar de su injustificable generalidad) eficaces y formativas en la situación que yo vivía entonces. Hasta ese momento no había querido publicar, sino por excepción, los pocos poemas que aún conservaba y no se me ocurría pensar en editar un libro. Dejé de escribir poesía (y esto se prolongaría saludablemente por algunos años) y me sumergí en la lectura de novelas, ensayos filosóficos o psicoanalíticos y piezas de teatro, en su mayoría de Sartre. Freud desplazó en buena parte a Marx y me enseñó que la comprensión de lo social e histórico en toda la complejidad de sus contradicciones y matices sólo se alcanza a través del estudio analítico del comportamiento individual, a partir de la infancia y de las relaciones familiares. Con estos criterios era que nos entendíamos con más facilidad y provecho. En un momento dado, Zuleta me prestó sus

apuntes autoanalíticos en donde diariamente se cuestionaba y autoanalizaba con una sorprendente severidad.

Simultáneamente, la política nacional entraba en otra grave crisis: el derrocamiento de Rojas Pinilla mediante la acción unitaria de la oligarquía de los partidos liberal y conservador. Lo habían usado para derrocar la dictadura de Laureano Gómez y cuando Rojas se volvió populista y trató de prolongar su régimen, lo derrocaron con una huelga patronal organizada por Alberto Lleras. En lugar de hacer un juicio a los políticos corruptos y a los asesinos a sueldo que habían apoyado la dictadura de Laureano Gómez (pájaros, policía chulavita, curas fanáticos, etc.), Lleras pasó por alto los apoyos y sustentos de esa dictadura, viajó a España, trajo a Laureano, lo revivió políticamente, conservatizó al liberalismo, persiguió a los sindicatos y fundó el Frente Nacional (léase oligarca). La extensión y alcance nefastos de todas estas maniobras no se habían dado todavía en su totalidad pero ya se percibían síntomas alarmantes. Era imposible que un intelectual de la capacidad de Zuleta pudiera continuar marginado de la política de ese momento. Y en efecto, para entonces Zuleta ya se había acercado al marxismo, siempre bajo la influencia de Sartre.

El 10 de mayo de 1957 cayó el gobierno de Rojas y entonces formamos un grupo de trabajo político con Raúl Alameda (un economista que se había separado del PC, proclamando su marxismo independiente, y que como orientador de una larga huelga de los talleres Apolo nos había invitado a colaborar con los obreros), Zuleta, el periodista Rafael Maldonado, otros amigos y yo. En un pequeño mimeógrafo editamos e hicimos circular miles de hojas en las que se analizaba la situación, tomando distancia tanto del gobierno de Rojas como de la política de Alberto Lleras. La dueña de la casa donde instalamos el mimeógrafo debió leer alguna de las hojas o escuchar nuestros comentarios, pues su actitud, súbitamente fría, despertó nuestras sospechas; entonces resolvimos trasladar rápidamente el mimeógrafo. Estábamos dándole la vuelta a la esquina cuando vimos entrar a varios soldados y un oficial. Fue un momento de grave peligro porque, desde el 9 de abril del 48, las ideas marxistas se consideraban un delito, y en esa situación de caos, en que centenares de miles de personas desbordaban las calles de Bogotá, cualquier tipo de violencia intramuros hubiera pasado desapercibida. No obstante, es necesario reconocer que Rojas entregó el poder sin provocar un derramamiento de sangre.

Algunos domingos por la tarde nos reuníamos con Ramiro Montoya en el apartamento de las tías de Zuleta para escuchar la traducción fluida que éste hacía de los artículos de *Les Temps Modernes*. Otras veces la lectura tenía lugar en el café y siempre suscitaba comentarios y discusiones, cada

vez de un carácter más políticamente especializado. Por mi parte, no había buscado más a mis compañeros de militancia pero tampoco había roto con ellos y mantenía con algunos una relación amistosa. Desde la terminación de la acción política de la FEC, mis noches de vagabundaje habían vuelto a intensificarse pero ahora había una notable diferencia en la manera de vivirlas: ya no me sentía culpable y había adquirido un principio de auto-crítica y control. Desde hacía unos meses, Zuleta era el confidente de mis más íntimos problemas, sin que jamás abusara de ese saber en el trato conmigo o cuando nos encontrábamos con el resto de los asiduos a la tertulia. Tampoco permitía que ese conocimiento fuera causa de familiaridades en nuestro trato. Mantenía una distancia discreta, al interpretar teóricamente, con mucha sutileza, todo lo que le contaba. En alguna ocasión me preguntó cuál podía ser a mi criterio el peligro mayor de la amistad y yo le contesté sin vacilar: la indulgencia y la complicidad. Y como le manifestara mi preocupación por que yo no estaba aportándole casi nada a nuestra relación, él a su vez me contestó: aprovecho y aprendo de nuestra amistad minuto a minuto. De vez en cuando lo encontraba nervioso y un poco deprimido y, sin que me lo dijera directamente, intuía que se trataba de un sentimiento de soledad, pues no tenía una compañera. Tampoco era posible pensar en que alguien como él buscara relaciones de consolación en aventuras baratas. Por entonces, le propuse que aprovecháramos la licencia vigente del periódico *Junio* que habíamos editado en la FEC (bajo la dirección de Álvaro Paredes y luego de Armando Yepes) el cual estaba financiado gracias a la gerencia de María del Rosario Ortiz Santos, eficaz colaboradora de la política de la FEC. Zuleta se mostró de acuerdo y quiso saber quién era María del Rosario. Le dije que se trataba de una joven sobrina de Hernando y Enrique Santos, que se había apartado del liberalismo tradicionalista de los dueños de *El Tiempo* y que era muy moderna en sus costumbres. Como primer paso para la apropiación de *Junio*, y para su financiación, resolvimos organizar una modesta fiesta a la que asistiría María del Rosario. A última hora resolví no asistir pero después me contaron cómo Zuleta y María del Rosario habían simpatizado inmediatamente e iniciado una relación que pronto desembocó en el matrimonio.

Un grupo integrado por Zuleta, Carlos Rincón, Armando Yepes –que figuraba como director–, Ramiro Montoya, José Arizala y quien esto escribe asumió la tarea de publicar nuevamente *Junio*, en la que fue su última salida. Desde el comienzo, la conducta de Zuleta fue muy característica: no escribió ningún artículo en los tres números que salieron bajo nuestra responsabilidad pero los editoriales estaban inspirados en sus ideas y en otra ocasión hubo necesidad de entrevistarlo. ¿Por qué Zuleta era tan reacio a escribir, siendo

que su capacidad para hacerlo era excepcional, como además lo mostraron después algunos de sus ensayos? Pienso que no quería comprometerse en forma inapelable, como es la escritura, porque sabía que sus ideas estaban todavía en formación y tenían aún un carácter muy transitorio. Zuleta era un socrático vocacional y le daba una importancia muy grande a todo lo que se expresaba verbalmente. Probablemente conocía el famoso pasaje del *Fedro* donde Platón-Sócrates consideran que el verdadero aprendizaje es el de quien interioriza y vive las ideas, no porque las haya memorizado, sino porque las ha recreado como suyas. La inmortalidad de un maestro se logra cuando el discípulo deja de serlo para, a su vez, ser un re-creador del mundo heredado. Esto –según Sócrates– no puede lograrse si no hay diálogo: “Lo terrible en cierto modo de la escritura, Fedro, es el parecido que tiene con la pintura: en efecto, las producciones de ésta se presentan como seres vivos, pero si les preguntas algo mantienen el más severo silencio. Y lo mismo ocurre con los escritos: podrías pensar que hablan como si pensarán; pero si los interrogas sobre algo de lo que dicen con la intención de aprender, dan a entender una sola cosa y siempre la misma”. Por lo demás, los escritos circulan también “entre aquellos a quienes nada interesan y no saben a quiénes dirigirse y a quiénes no. Y cuando los maltratan o los insultan injustamente tienen siempre necesidad del auxilio de su padre porque ellos solos no son capaces de defenderse...”. Hay necesidad, entonces, de considerar otro discurso: “aquel que se escribe con ciencia en el alma del que aprende, discurso que es capaz de defenderse a sí mismo, y que sabe hablar y guardar silencio ante quienes debe hacerlo”. (*Fedro o de la belleza*, Platón, *O.C.* de Aguilar, pág. 882). En Zuleta se realizó esta concepción socrática puesto que, en la abrumadora mayoría de los casos, su palabra culminó en el libro solamente después de haber sido fogueada en miles de diálogos. Es por eso que es palabra viva que sigue ensanchando el ámbito de su influencia.

Los tres números de *Junio* provocaron reacciones inmediatas: el periódico conservador *El Siglo* dedicó un espacio considerable a atacarnos. Un hermoso cuento de Mario Arrubla (por entonces, todavía en Medellín) fue muy elogiado, lo mismo que los aportes de Ramiro Montoya. No obstante, Zuleta se declaró insatisfecho y dijo que *Junio* todavía “mostraba cierto afán de figuración”, y el periódico no salió más.

Zuleta había entrado al PC en condiciones singulares, pues con frecuencia lo llamaban de diversas células para que dictara conferencias teórico-políticas. Mis lecturas de Freud y la confianza que tenía en mi amigo me llevaron a proponerle que hiciéramos un psicoanálisis. No sabíamos entonces que los expertos prohíben el psicoanálisis entre amigos. No obstante, me fue de enorme ayuda y durante los meses que duró aprendí más sobre Freud que en

años anteriores de lectura. Apenas se podía llamar psicoanálisis (de acuerdo a la ortodoxia) pues las “sesiones” seguían siendo en el café La Paz, al calor de unas cuantas cervezas, y apenas se diferenciaban de nuestras conversaciones anteriores en que éstas se habían tornado de obligatoria exclusividad entre Zuleta y yo, y en que ahora era yo el que más hablaba. Desde el principio, la atmósfera fue muy propicia, como lo verificamos en el análisis de un sueño que tuve antes de empezar las sesiones. Aprendí el sencillo método de hacer el propósito de despertarme, después del sueño principal de la noche, para poder escribirlo en forma más completa, y la frecuente interpretación de sueños le dio un renovado interés, lleno de sorpresas, a nuestros encuentros. Era como obtener la comunicación con alguien entrañable, oculto en los repliegues más recónditos de mi ser y hasta ahora reprimido e ignorado. Súbitamente, cobraban una enorme importancia sus voces puras, insobornables y sibilinas. Las posibilidades de enriquecimiento que me brindaban me hacían comprender la necedad de mi arrogancia racionalista anterior al haberlas despreciado, siendo que siempre estuvieron, de alguna manera, presentes con sus llamados cifrados y nocturnos.

Entre tanto, los lazos con el grupo de amigos que Zuleta tenía en Medellín (entre los que se destacaban Mario Arrubla y Mario Vélez) entraron en una nueva etapa, cuando Arrubla y Vélez decidieron venirse a vivir a Bogotá. Eso constituyó un acontecimiento para nuestra tertulia. Para entonces, yo recibía un modesto sueldo como colaborador de la revista *Cromos*, la cual había subido de categoría al encargarse de la jefatura de redacción al respetado intelectual marxista Darío Mesa. *Cromos*, que hasta ese momento tenía la mala reputación de ser una “revista de peluquería”, se vendía muy poco (y eso muestra indirectamente la magnitud de los cambios que el país experimentaba), por lo cual los hermanos Restrepo resolvieron ponerla a tono con los tiempos de renovación que corrían. Darío Mesa era un magnífico jefe de redacción que me dejó en libertad de escoger los temas, que en ningún momento me exigió horarios rígidos y cuyas observaciones siempre me fueron útiles. Darío venía de una abnegada militancia en el PC a la que puso término porque su lúcida y amplia cultura no fue debidamente apreciada entre los camaradas y no se lo estimuló ni apoyó como autor en potencia que hubiera podido escribir importantes ensayos sobre cuestiones históricas. El caso de Darío Mesa era uno de los últimos, entre los numerosos anteriores a él, que ponía en evidencia la subestimación de los escritores e intelectuales por parte del PC estalinista. Muy pronto afrontarían una situación similar Estanislao Zuleta, Hernando Llanos, Jaime Mejía Duque y Jorge Villegas, para no hablar sino de los amigos más cercanos. La idealización del proletariado, al que se consideraba (y se sigue considerando) como una especie de sector

predestinado a realizar la revolución; la censura que ejerce una burocracia inculta y esquemática contra muchos grandes autores, pensadores y artistas, impidió la investigación y estudio sistemático y profundo del país y fue causa de gravísimos errores en algunas de las intervenciones políticas del PC en el proceso histórico colombiano. En ese momento, sin embargo, todo (incluso el PC) parecía estar a punto de cambiar radicalmente y el hecho de que aún una revista como *Cromos* acogiera a Darío Mesa y luego a Mario Arrubla, como redactor y traductor del francés, era bastante sintomático.

Recién llegado a Bogotá, y por los primeros días, Mario Arrubla se alojó en un pequeño apartamento con terraza que yo había arrendado en el sector del Centro Internacional. Luego entraría a trabajar en el equipo de *Cromos*, se casaría con Socorro Castro y arrendaría un apartamento en el centro de la ciudad. Su instalación en Bogotá fue relativamente rápida y desde ese momento se modificó la estructura del grupo que habíamos formado en torno a Zuleta. Éste, además, había diversificado y ampliado sus relaciones con múltiples grupos y tendencias y empezaba a ser conocido en los círculos intelectuales bogotanos. Muy pronto dejamos de concurrir al café La Paz y lo reemplazamos por el café Lutecia, que funcionaba en un local grande y destartalado en la calle 17, arriba de la carrera séptima.

Por entonces, las directivas del PC aceptaron nombrar a Zuleta (quien iría acompañado por María del Rosario), Arrubla y Vélez como instructores políticos en el Páramo de Sumapaz, (zona de influencia del famoso líder guerrillero Juan de la Cruz Varela). Zuleta me invitó a participar en ese experimento pedagógico-político pero no acepté, no sólo por considerarlo bastante iluso y sin perspectiva, sino porque me conocía a mí mismo lo suficiente para saber que no aguantaría una semana en esas duras condiciones. Los tres instructores vivieron separados entre sí por grandes distancias, los campesinos asistían a las conferencias, extenuados de fatiga, se dormían con frecuencia y no tenían la capacidad de asimilar el lenguaje culto de los conferencistas. Gilberto Vieira los visitó y pidió a Zuleta y María del Rosario que se casaran para no darles mal ejemplo a los campesinos. Esto rebasó la copa. A la decepción por la conducta de los campesinos se unía el hecho de que ya se acercaba la fecha en que María del Rosario daría a luz. Resolvieron viajar a Medellín, donde se alojaron por un tiempo en casa de la madre de Zuleta. Cuando regresaron a Bogotá ya se habían casado y había nacido Silvia. Se instalaron en un apartamento de la calle 22 con carrera 5. En una típica manifestación de su noble carácter, Zuleta me autorizó (como parte del psicoanálisis) a que lo visitara en su apartamento sin previo anuncio, en el momento en que lo deseara e incluso en las primeras horas de la noche. Así alcanzó nuestra amistad sus momentos culminantes.

Como el mismo Zuleta lo reconoció, yo tomaba cada vez más la iniciativa en las interpretaciones del análisis, de modo que resolvimos darlo por terminado. Como culminación, me encargó un resumen del proceso. Redacté más de 30 páginas (que aún conservo) que él encontró interesantes. En la última página del resumen yo planteaba la necesidad de irme del país y cambiar radicalmente de medio. Zuleta compartió ese punto de vista y llegamos a la conclusión de que debía irme a Alemania socialista por unos años. Como si todo estuviera planeado, me encontré, días después, con Gerardo Molina e inmediatamente le planteé la necesidad que tenía de una beca en la RDA. Molina me contestó: “Querido amigo, acaban de llegar precisamente unas becas para ese país”, y como él presidía la junta que las otorgaba (en la cual estaban además Jorge Zalamea, Luis Carlos Pérez y Jorge Villegas, todos conocidos míos), me fue otorgada por unanimidad. A las pocas semanas me preparaba para viajar a Leipzig e iniciar estudios de Literatura y Dramaturgia.

La amistad con Zuleta había sido decisiva en este nuevo comienzo. También para otros muchos amigos –estudiantes y profesores de las nuevas generaciones– Zuleta jugó un papel igualmente significativo. Muchos fueron los sucesos y situaciones en que volví a encontrar a mi entrañable amigo después de los seis años que duraron mis estudios en la RDA. Los colegas de Zuleta en las universidades (muy pagados de sus títulos académicos europeos), al no tener argumentos convincentes para atacarlo, solían (y suelen) enrostrarle su falta de estudios universitarios y su autodidactismo. Pero precisamente, esta condición libre de anacrónicos obstáculos formales, de vanidades y poses, permitió a Zuleta abordar los temas fundamentales de la filosofía a través de sus vivencias e intereses concretos. De esta manera, sus “enseñanzas” no aparecían como tales, no tenían un carácter “pedagógico”, sino que surgían con cierta espontaneidad viva, y más bien como maneras de compartir y comentar experiencias comunes.

Aunque nuestra relación se hizo distante y esporádica por diversas causas (entre las que se cuentan el hecho de que Zuleta se trasladó a Medellín y luego a Cali), los motivos más hondos de esa relación continuaron. Concretamente, coincidíamos en que la poesía reflexiva es la más alta expresión en el género, y algunas veces él elogió sin reservas mi producción de ese estilo. También manifestó su aprobación de los ensayos de mi libro, *Ensayos de crítica interpretativa – T. Mann, M. Proust, F. Kafka*, que la Universidad de los Andes había editado, y en los cuales es evidente la fecunda influencia de Estanislao Zuleta. Me enorgullezco de haberlo lanzado como autor, a escala nacional, cuando logré (como director de publicaciones de Colcultura) hacer editar sus conferencias sobre Thomas Mann y la *Montaña Mágica*, después

de una prolija corrección de los textos de la grabación, ya que Zuleta no se había ocupado de ellos. Las numerosas conversaciones que tuve con él constituyeron una preparación y una iniciación en el análisis verbal y en el ejercicio dialógico de un tema, así como en la prevención y respuesta de posibles objeciones y preguntas en el desarrollo del mismo. Esto fue muy importante para mi carrera profesoral. De diversas maneras, esa formación de expositores y maestros de juventudes es uno de los legados esenciales de la obra verbal y escrita de Zuleta. Su palabra logró con frecuencia la más alta categoría: ser principio de una acción transformadora.

Quiero terminar estos recuerdos, evocando la última vez que lo vi. Zuleta había vuelto a Bogotá en calidad de consejero o asesor del presidente Virgilio Barco y se alojaba en el Hotel Continental. Una tarde pasé por allí y recordé que me había invitado varias veces a visitarlo. Yo sabía que estaba en los comienzos de una grave enfermedad y resolví anunciarme en la portería. Me invitó a subir y lo encontré tendido y exhausto, en compañía de un “líder sindical” (según dijo al presentármelo), teniendo a su costado un montón de papeles con anotaciones. Aunque había bebido bastante estaba perfectamente lúcido. Casi sin transición empezó a hablar sobre la novela *José y sus hermanos* de Thomas Mann, y yo le hice una observación sobre los “juegos con el poder” de José que resultó alusiva porque Zuleta anunció que estaba resuelto a renunciar a su alto cargo y a volver a la Universidad del Valle, y me dio un escrito suyo sobre la violencia que entonces se vivía (era el momento en que se asesinaban a diario dirigentes y militantes de la Unión Patriótica). Tuve la súbita certeza de que era la última vez que conversaba con ese amigo irremplazable. Él también lo sabía porque, de pronto, empezó a decir con un tono alto y dramático que nunca le había oído: “¡Yo te quiero mucho!”, y repitió la frase muchas veces. Me sentí un poco amedrentado y sorprendido porque siempre lo había visto discreto y dueño de sí, y no supe qué decir. Entonces se irguió, tomó un ejemplar de su libro *La poesía de Luis Carlos López*, y escribió con fluidez la siguiente conmovedora dedicatoria: “Para Eduardo Gómez en testimonio de una amistad, larga, íntima y mutuamente fecunda. De una amistad que no terminará nunca. Que está hecha de respeto y de crítica. De una amistad en la cual no hay jueces sino intentos de comprensión. Estanislao”. Como en sueños, me despedí diciéndole en forma que resultó premonitoria: “Ahora descansa”. Y alcancé con rapidez la calle, mientras me enjugaba las lágrimas. 